

Paris al cardenal de Latil, poniendo á su disposicion el palacio de la embajada, y le vuelvo á escribir aun á diferentes puntos de su camino para renovarle mis ofrecimientos.

»Siento verme obligado á deciros, señor conde, que noto aquí algunas pequeñas intrigas para alejar á nuestros cardenales de la embajada, y alojarlos en donde puedan estar mas al alcance de las influencias que se espera ejercer sobre ellos.

»Por lo que á mí toca, eso me es del todo indiferente: yo haré á los cardenales todos los servicios que estén en mi mano. Si me preguntan sobre cosas que es bueno conocer, les diré lo que sé; si me transmitis para ellos órdenes del rey, se las comunicaré; pero si llegasen aquí en un espíritu hostil á las miras del gobierno de S. M.; si se trasluce que no caminan de acuerdo con el embajador del rey; si tuviesen un lenguaje contrario al mio; si llegasen á dar sus votos en el cónclave á algun hombre exagerado; si estuviesen divididos entre sí, no habria cosa mas funesta. Mas valdria para el servicio del rey que yo diese mi dimision inmediatamente, que ofrecer ese espectáculo público de nuestras discordias. El Austria y la España tienen, con respecto á su clero, una conducta que no deja campo á la intriga. Todo eclesiástico, cardenal ú obispo austriaco ó español, no puede tener otro agente ni corresponsal en Roma que el embajador mismo de su córte: este tiene el derecho de hacer salir de Roma á todo eclesiástico de su nacion que le suscitate obstáculos.

»Espero, señor conde, que no habrá division ninguna; que los cardenales tendrán la orden formal de someterse á las instrucciones que no tardaré en recibir de vos; que sabré cual de ellos será el encargado de ejercer la exclusion, en caso necesario, y quiénes los comprendidos en esa exclusion.

»Es muy necesario estar sobre aviso: los últimos escrutinios han anunciado el renacimiento de un partido. Este partido, que ha dado de veinte á veinte y un votos á los cardenales de la Marmora y Pédicini, forma lo que se llama la faccion de Cerdeña. Los otros cardenales asustados quieren dar todos sus sufragios á Opizzoni, hombre enérgico y moderado á la vez. Aunque austriaco; es decir, milanés, se ha tenido firme con el Austria en Bolonia. Esta seria una eleccion excelente. Los votos de los cardenales franceses podrian, fijándose en uno ú otro candidato, decidir la eleccion. Con razon ó sin ella se cree á esos cardenales enemigos del sistema actual del gobierno del rey, y la faccion de Cerdeña cuenta con ellos.

»Tengo el honor, etc.»

A Mad. Recamier.

«Roma 3 de marzo de 1829.

»Me sorprendeis en la historia de mi excavacion: no recordaba haberos escrito nada tan bueno sobre el particular. Estoy, como lo presumis, sumamente ocupado: hallándome sin direccion ni instrucciones, me veo obligado á tomar todo sobre mí. Creo, no obstante, que puedo prometerme un papa moderado é ilustrado. Quiera Dios que sea nombrado al espirar la interinidad del ministerio de Mr. de Portalis.»

«4 de marzo.

»Ayer, miércoles de ceniza, me hallaba solo de rodillas en la iglesia de Santa-Croce, que descansa sobre las murallas de Roma cerca de la puerta de Nápoles. Oia el cántico monotonó y lúgubre de los religiosos en el interior de aquella sociedad, y hubiera querido tambien estar cubierto de un saco y cantar entre aquellas ruinas. ¡Qué sitio para dejar en paz la ambicion y contemplar las vanidades de la tierra!

No os hablo de mi salud, porque esto es altamente fastidioso. Mientras que yo padezco, me dicen que Mr. de la Ferronnays se cura, hace excursiones á caballo, y su convalecencia pasa en el pais por un milagro: quiera Dios que así sea y vuelva á tomar la cartera acabando la interinidad. ¡Cuántas cuestiones cortaria esto para mí!

DESPACHO AL CONDE DE PORTALIS.

«15 de marzo de 1829.

»Señor conde: he tenido el honor de avisaros la llegada sucesiva de los cardenales franceses. Tres de ellos, MM. de Latil, de Lafare y de Croi me han hecho el honor de apearse en mi casa. El primero entró en cónclave en la tarde del jueves 12 con el señor cardenal Iscard: los otros dos se encerraron en la tarde del viernes 13.

»Les he participado todo cuanto sabia y comunicado notas importantes sobre la minoría y la mayoría del cónclave y sobre los sentimientos de que se hallan animados los diferentes partidos. Hemos convenido en que apoyarian á los candidatos de que ya os he hablado; á saber: los cardenales Cappellaris Opizzoni, Benvenuti, Zurla, Castiglione, y en fin, Pacca y de Gregorio; y rechazarian á los cardenales de la faccion sarda, Pédicini, Giustiniani, Galeffi y Cristaldi.

»Espero que esa buena inteligencia entre los embajadores y cardenales producirá el mejor efecto: á lo menos nada tendré que echarme en cara, si pasiones ó intereses viniesen á frustrar mis esperanzas.

»He descubierto, señor conde, despreciables y peligrosas intrigas manejadas de Paris á Roma por conducto del nuncio, señor Lambruschini. Tratábase nada menos que de hacer leer en pleno cónclave la copia de supuestas instrucciones secretas, divididas en muchos artículos, y dadas, á lo que se aseguraba con la mayor impudencia, al cardenal Latil. La mayoría del cónclave se ha pronunciado fuertemente contra semejantes maquinaciones, y hubiera querido que se escribiese al nuncio que se rompiera toda clase de relaciones con esos hombres de discordia, que, perturbando la Francia, concluirian por hacer odiosa á todos la religion católica. Estoy haciendo, señor conde, una coleccion de esas revelaciones auténticas, y os la enviaré despues del nombramiento del papa: esto valdrá mas que todos los despachos del mundo. El rey aprenderá á conocer sus amigos y sus enemigos, y el gobierno podrá apoyarse sobre hechos propios para dirigirle en su marcha.

»Vuestro despacho número 14 me ha dado conocimiento de las usurpaciones que el nuncio de Su Santidad ha querido renovar en Francia con motivo de la muerte de Leon XII. Lo mismo sucedió cuando era yo ministro de Negocios Extranjeros, á la muerte de Pio VII: afortunadamente hay siempre medios para defenderse de esos ataques públicos: mas difícil es librarse de las tramas urdidas en las tinieblas.

»Los conclavistas que acompañan á nuestros cardenales me han parecido hombres de razon: únicamente el abate Coudrin, de quien me habeis hablado, es uno de esos espíritus compactos y estrechos, en los que nada puede entrar; uno de esos hombres que se han equivocado de profesion. No ignorais que es fraile, gefe de la orden, y que hasta tiene bulas de institucion: esto no se aviene bien con nuestras leyes civiles y nuestras instituciones políticas.

»Podria suceder que el papa fuese elegido á fin de esta semana. Pero si los cardenales franceses dejan frustrado el primer efecto de su presencia, será imposible señalar un término al cónclave. Nuevas combinaciones producirian quizá un nombramiento

inesperado, y tal vez para concluir se arreglen con cualquier cardenal insignificante, tal como Dandini.

»Me he encontrado, señor conde, en otro tiempo en circunstancias difíciles, ya como embajador en Londres, ya como ministro durante la guerra de España, ya como miembro de la cámara de los Pares, ya como gefe de la oposicion; pero nada me ha dado tanto cuidado ni tanta inquietud como mi posicion actual en medio de todos los géneros de intrigas. Necesito ejercer mi accion sobre un cuerpo invisible, encerrado en una prision cuyas avenidas se hallan estrictamente guardadas. No tengo ni dinero que dar, ni destino que prometer: las pasiones caducas de una cincuentena de viejos no me ofrecen puntos vulnerables que atacar. Tengo que combatir la necesidad en unos, la ignorancia del siglo en otros, el fanatismo en estos, la astucia y la doblez en aquellos: en casi todos, la ambicion, los intereses, los odios políticos, y estoy separado por paredes y por misterios de la asamblea en que fermentan tantos elementos de division. A cada momento varia la escena, cada cuarto de hora vienen noticias contradictorias á sumergirme en nuevas perplejidades. No es por darme importancia, señor conde, por lo que os hablo de estas dificultades, sino para que me sirva de excusa en el caso de que la eleccion dé por resultado un papa contrario á lo que parece prometer y á la naturaleza de nuestros deseos. A la muerte de Pio VII las cuestiones religiosas no habian agitado aun la oposicion; estas cuestiones han venido á mezclarse hoy á la política, y nunca ha podido venir en peor ocasion la eleccion de gefe de la Iglesia.

»Tengo el honor etc.»

A Mad. Recamier.

«Roma 17 de marzo de 1829.

»El rey de Baviera ha venido á verme de frac. Hemos hablado de vos. Ese soberano griego, al llevar una corona, parece saber lo que tiene sobre su cabeza, y comprender que no se clava el tiempo á lo pasado. Comé en mi mesa este jueves y no quiere á nadie.

»Por lo demás, nos hallamos en medio de grandes acontecimientos: hay que hacer un papa. ¿Qué será? ¿Pasará la emancipacion de los católicos? En Oriente una nueva campaña: ¿de parte de quién estará la victoria? ¿Nos aprovecharemos de esa posicion? ¿Quién dirigirá nuestros asuntos? ¿Hay alguna cabeza capaz de comprender todo lo que se encierra en eso para la Francia y aprovecharlo segun los sucesos? Estoy persuadido de que ni siquiera se piensa en ello en Paris, y que entré los salones y las cámaras, los placeres y las leyes, los goces del mundo y las inquietudes ministeriales, nadie se ocupa de Europa. No hay mas que yo que en mi destierro tenga tiempo de pensar profundamente y mirar á mi alrededor. Ayer fuí á pasearme con una especie de tempestad por el antiguo camino de Tivoli. He llegado al antiguo suelo romano, tan bien conservado, que no parece sino que se ha hecho de nuevo. Sin embargo, Horacio habia pisado las piedras que yo pisaba ¿donde está Horacio?

EL MARQUÉS CAPPONI.

El marqués Capponi, al llegar de Florencia, me trajo cartas de recomendacion de sus amigos de Paris. Respondí á una de aquellas cartas el 21 de marzo de 1829:

»He recibido vuestras dos cartas: los servicios que puedo prestar son muy cortos, pero estoy enteramente á vuestras órdenes. No sé lo que habrá sido

del marqués Capponi; pero os anuncio que está garrondo y se ha sostenido bien contra los años. No he contestado á vuestra primera carta llena de entusiasmos por el sublime Mahamud y por la barbarie disciplinada, por esos esclavos apaleados convertidos en soldados. Que las mujeres profesen grande admiracion á hombres que se casan á la vez con centenares de ellas, y que tomen eso por un progreso de las luces y de la civilizacion, lo concibo; pero yo me atengo á mis pobres griegos, y quiero su libertad como la de Francia: quiero tambien fronteras que protejan á Paris, que aseguren nuestra independencia, y no es con la triple alianza del palo de Constantinopla, el cuchillo de Viena y las puñadas de Londres con lo que tendreis la orilla del Rhin. Gracias por la pellica de honor que nuestra gloria podria obtener del invencible gefe de los creyentes, que no ha salido aun de los barrios del serrallo. Mas quiero esa gloria enteramente desnuda: es mujer y hermosa: Fidiás se hubiera guardado bien de ponerle una bata turca.»

A Mad. Recamier.

«Roma 21 de marzo de 1829.

»Tengo razon contra vos! Ayer fuí, entre dos ascrutinios y en tanto que hubiese papa, á San Onofre; son dos naranjos los que hay en el claustro, y no una encina verde. Estoy muy orgulloso con esa fidelidad de mi memoria. He corrido casi con los ojos cerrados á la pequeña piedra que oculta á vuestro amigo: la quiero mas que al gran sepulcro que se le va á erigir. ¡Qué encantadora soledad! ¡Qué vista tan admirable! ¡Qué felicidad la de reposar allí entre los frescos del Dominicano y los de Leonardo de Vinci! Quisiera yo estar allí: nunca me he sentido con mayores tentaciones. ¿Os han dejado entrar en el interior del convento? ¿Habeis visto en un largo corredor aquella cabeza admirable, aunque medio borrada, de una madona de Leonardo de Vinci? ¿Habeis visto en la biblioteca la careta del Tasso, su corona de laurel marchita, un espejo de que se servia, su tintero, su pluma y la carta escrita de su puño, pegada á una tabla colgada debajo de su busto? En esa carta, de una letra menuda y con tachones, pero fácil de leer, habla de amistad y del viento de la fortuna: este no habia soplado hácia él, y la amistad le faltó con frecuencia.

»No hay papa aun, y le aguardamos de hora en hora; pero si la eleccion se ha retrasado; si de todas partes han surgido obstáculos, no es mia la culpa: hubiera sido preciso haberme escuchado un poco mas, y no obrar precisamente en sentido contrario de lo que parecia desearse. Por lo demás, ahora se me figura que todo el mundo quiere estar en paz conmigo. El mismo cardenal Clermont-Tonnerre acaba de escribirme reclamando mis antiguas bondades hácia él, y despues de todo eso, baja de mi casa resuelto á votar por el papa mas moderado.

»Habeis leído mi segundo discurso. Dad las gracias á Mr. Keratri, que ha hablado con tanto encomio del primero: espero que aun quedará mas contento del último. Procuraremos ambos hacer á la libertad cristiana, y lo conseguiremos. ¿Qué decis de la respuesta que me dió el cardenal Castiglione? ¿Estoy bastante elogiado en pleno cónclave? No habriaís hablado vos mejor en vuestros dias de mimo.»

«21 de marzo de 1829.

»Si hubiese de dar crédito á los rumores de Roma, tendríamos papa mañana; pero estoy en un momento de desaliento, y no quiero creer en semejante dicha. Ya comprendereis que esta felicidad no es la felicidad política, la alegría de un triunfo, sino la felici-

dad de quedar libre y estar á vuestro lado. Cuando os hablo tanto del cónclave, estoy como las personas que tienen una idea fija y creen que el mundo no se ocupa mas que de esa idea; y sin embargo, en París, ¿quién piensa en el cónclave, quién se ocupa de papa ni demás tribulaciones? La ligereza francesa, los intereses del momento, las discusiones de las Cámaras, las ambiciones conmovidas, tienen otras cosas que hacer. Cuando el duque de Laval me escribía también sus cuidados acerca de su cónclave, preocupado como estaba yo con la guerra de España, decía al recibir sus despachos: — ¡Ay, buen Dios: para tratar de eso estamos! Mr. de Portalis debe hoy hacerme sufrir la pena del talion. Hay que confesar, no obstante, que las cosas en aquella época no estaban como hoy día: las ideas religiosas no se hallaban mezcladas á las ideas políticas, como están ahora en toda Europa: la cuestión no estaba allí; el nombramiento de un papa no podía, como ahora, turbar ó calmar los Estados.

»Desde la carta que me anunciaba la próroga de la licencia de Mr. de La Ferronnays y su partida á Roma, nada he sabido, y creo, sin embargo, cierta la noticia.

»Mr. Thierry me ha escrito desde Hyeres una carta interesante: dícame que se muere, y quiere un puesto en la Academia de las Inscripciones, para lo cual me pide que escriba á su favor. Mi excavación continúa dándome sarcófagos: la muerte no puede dar sino lo que tiene. El monumento del Poussino adelantará: será noble y elegante. No podeis figuraros lo bien que se acomoda á un bajo relieve el cuadro de los pastores de Arcadia, y lo adecuado que es á la escultura.»

«28 de marzo.

»El cardenal de Clermont-Tonnere, que se apeó en mi casa, entra hoy en el cónclave; este es el siglo de las maravillas. Tengo á mi lado al hijo del mariscal Lannes y al nieto del canciller; los señores de *El Constitucional* corren á mi mesa al lado de los de *La Cuotidiana*. Esa es la ventaja de ser uno sincero: yo dejo á cada cual que piense como quiera, con tal de que me concedan la misma libertad, únicamente procuro que mi opinión tenga la mayoría, porque la encuentro, como es natural, mejor que las demás. A esa sinceridad es á lo que atribuyo la inclinación que tienen las opiniones mas divergentes á acercarse á mí; ejerzo con ellas el derecho de asilo, y no se las puede prender bajo mi techo.»

AL DUQUE DE BLACAS.

«Roma 24 de marzo de 1829.

»Siento mucho, señor duque, que una frase de mi carta haya podido causaros alguna inquietud. No tengo absolutamente nada por qué quejarme de un hombre de juicio y de talento (Mr. Fuscaldo), que no me ha dicho mas que lugares comunes de diplomacia. Nosotros los embajadores, ¿decimos acaso otra cosa? En cuanto al cardenal de quien me haceis el honor de hablarme, el gobierno francés no ha designado particularmente á nadie, remitiéndose enteramente á lo que yo le he dicho. Siete ú ocho cardenales moderados ó pacíficos que parecen reunir igualmente las simpatías de todas las córtes, son los candidatos entre quienes deseamos ver fijarse los sufragios. Pero si no tenemos la pretension de imponer una elección á la mayoría del cónclave, rechazamos con todas nuestras fuerzas y por todos los medios tres ó cuatro cardenales fanáticos, intrigantes ó incapaces á quienes apoya la minoría.

»No tengo, señor duque, ningun medio posible

para hacer llegar á vos esta carta: de consiguiente me contento con enviarla por el correo, porque nada contiene que vos y yo no podamos reconocer públicamente.

»Tengo el honor, etc.»

A Mad. Recamier,

«Roma 31 de marzo.

»Ha llegado Mr. de Montebello, y me ha traído vuestra carta, con otras de Mr. Bertin y de Mr. Villemain.

»Mis excavaciones van bien: hallo una porción de sarcófagos vacíos, y podré elegir uno para mí, sin que mis cenizas se vean precisadas á arrojar las de los antiguos cadáveres, que el viento se ha llevado ya. Los sepulcros desocupados ofrecen el espectáculo de una insurrección, y sin embargo, no atestiguan sino una muerte mas profunda. No es la vida, sino la nada, la que ha dejado desiertos esos sepulcros.

»Para terminar mi pequeño diario del momento, os diré que antes de ayer subí á la bola de San Pedro, durante una tempestad. No podeis figuraros el efecto del ruido del viento en medio del cielo alrededor de aquella cúpula de Miguel Angel y encima de ese templo de los cristianos que anonada á la antigua Roma.»

A Mad. Recamier.

«31 de marzo por la noche.

» ¡Victoria! Tengo uno de los papas á quienes tenía puestos en lista: es Castiglione, el mismo cardenal á quien apoyaba para el pontificado en 1825, cuando yo era ministro, el que me contestó últimamente en el cónclave de 1829 prodigándome *infinitos elogios*. Castiglione es moderado y adicto á la Francia; ha sido un triunfo completo. El cónclave, antes de separarse, ha mandado escribir al nuncio á París para manifestarle que exprese al rey la satisfacción que al Sacro Colegio había merecido mi conducta. Ya he enviado yo la noticia por el telégrafo. El prefecto del Ródano es el conducto intermedio de esta correspondencia aérea, y ese prefecto es Mr. Brosses, hijo del conde de Brosses, el ligero viajero en Roma citado frecuentemente en las notas que reuno al escribirlos. El correo que os lleve esta carta lleva también mi despacho á Mr. de Portalis.

» ¿Cuándo no me ocuparé mas que en terminar las memorias de mi vida, y mi vida también, como última página de mis *Memorias*? Mucho lo necesito: estoy muy cansado: el peso de los días aumenta, y se hace sentir sobre mi cabeza: quiero engañarme llamándolo un *reumatismo*; pero no se cura de este. Una frase me sostiene cuando la repito: *hasta muy pronto.*»

«5 de abril.

»Olvidaba deciros que habiéndose portado muy bien el cardenal Fesch en el cónclave, y habiendo votado con nuestros cardenales, ha salvado la valla, y le he invitado á comer. El cardenal no ha aceptado, manifestándomelo en un billete muy córtés.»

DESPACHO AL CONDE DE PORTALIS.

«Roma 2 de abril de 1829.

»Señor conde: El cardenal Albani ha sido nombrado secretario de Estado, como tuve el honor de manifestaros en mi primera carta, llevada á Lyon por el correo á caballo despachado en la tarde del 31 de marzo. El nuevo ministro no gusta ni á la facción sarda, ni á la mayoría del Sacro Colegio, ni aun al Austria, porque es violento, anti-jesuita, rudo en su aspecto, lé

italiano antes que todo. El cardenal Albani, rico y excesivamente avaro, se halla mezclado en toda especie de empresas y especulaciones. Ayer fuí á hacerle mi primera visita: así que me vió, exclamó: — «Estoy hecho un cochino (estaba en efecto muy sucio). Ya vereis que no soy un enemigo.» Os trasmito, señor conde, sus propias palabras. Respondile que estaba muy lejos de mirarle como enemigo. — «A vosotros, repuso, os falta agua y no fuego. ¿No conozco acaso vuestro país? ¿No he vivido en Francia? (Hablabá efectivamente en francés como un francés); Estareis contento, y vuestro amo también? ¿Cómo está el rey? Buenos días. Vamos á San Pedro.»

»Eran las ocho de la mañana: yo había visto ya á Su Santidad, y todo Roma acudía á la ceremonia de la adoración.

»El cardenal Albani es hombre de talento, falso por carácter y franco por su genio, su violencia desemmascara su astucia, y puede sacarse partido de él lisonjeando su orgullo y satisfaciendo su avaricia.

»Pío VIII es muy sabio; especialmente en materia de teología: habla el francés, pero con menos facilidad y gracia que Leon XII: tiene el lado derecho atacado de una semi-parálisis y padece de convulsiones; el supremo poder le curará. Será coronado el domingo próximo, día de pasión, 5 de abril.

»Ya, señor conde, que el principal asunto que me detenía en Roma se halla terminado, os agradecería infinito que me obtuviérais de la bondad de S. M. una licencia de algunos meses. No haré uso de ella hasta despues de haber puesto en manos del papa la carta en que el rey conteste á la que Pío VIII le ha escrito: va á escribirsele para anunciarle su elevación á la silla de San Pedro. Permittedme que solicite de nuevo en favor de mis dos secretarios de legación, Mr. Belloig y Mr. de Givré, las gracias que os he pedido para ellos.

«Tengo el honor etc.»

CARTA AL CARDENAL MONSEÑOR DE CLEMONT-TONNERRE.

«Roma 28 de marzo de 1829.

»Monseñor: No pudiendo ya entrar en comunicación con vuestros colegas los cardenales franceses, encerrados en el palacio de Monte-Cavallo; viéndome obligado á preverlo todo en ventaja del servicio del rey y en interés de nuestro país, y sabiendo cuántos nombramientos inesperados han tenido lugar en los cónclaves, me hallo con sentimiento en la desagradable necesidad de confiar á vuestra eminencia una exclusion eventual.

»Aunque el cardenal Albani no parecia tener ninguna probabilidad, no deja de ser por eso un hombre de capacidad, en quien si la lucha se prolonga, pudiera ponerse los ojos; pero es el cardenal encargado en el cónclave de las intrucciones del Austria: el conde de Lutzow en su discurso le ha designado ya oficialmente con este carácter. Ahora bien: es imposible dejar que sea elevado á la silla pontificia un cardenal que pertenezca abiertamente á una corona, lo mismo la de Francia que cualquiera otra.

»En su consecuencia, monseñor, os encargo, en virtud de mis plenos poderes, como embajador de S. M. C., y tomando sobre mí solo toda la responsabilidad, que deis la exclusion al cardenal Albani, si por un evento fortuito ó por una combinación secreta llegase á obtener la mayoría de los sufragios.

«Soy etc. etc.»

Esta carta de exclusion confiada á un cardenal por un embajador que no estaba autorizado para ello formalmente, es una temeridad en diplomacia: era eso para hacer estremecer á todos los hombres de Estado á domicilio, á todos los gefes de seccion, á todos los primeros escribientes, á todos los copistas del minis-

terio de Negocios Extranjeros; pero ya que el ministro ignoraba sus atribuciones hasta el punto de no pensar siquiera en el caso eventual de exclusion, me era forzoso pensar en ello por él. Supóngase que Albani hubiese sido elegido papa por casualidad; ¿qué habria sido de mí? Me habria perdido para siempre como hombre político.

Digo esto, no por mí, que me cuido poco de la reputación de hombre político, sino para la generacion futura de los escritores á quienes se haria gran ruido con mi accidente y que expiarían mi desgracia á expensas de su carrera, como se dan azotes al menino cuando el señor delfin comete alguna torpeza. Pero no habria que admirar demasiado mi previsora osadía al tomar sobre mi responsabilidad la carta de exclusion: lo que parece un mundo, calculado por la corta escala de sus añejas ideas diplomáticas, no era nada en realidad en el órden actual de la sociedad. Aquella osadía nacia en mí por una parte de mi insensibilidad por toda desgracia, y por otra de mi conocimiento de las opiniones de mi época: al mundo, tal como se halla hoy día, no se le importa un bledo del nombramiento de un papa, de las rivalidades de las coronas, ni de las intrigas del interior de un cónclave.

DESPACHO AL CONDE DE PORTALIS.

Confidencial.

«Roma 2 de abril de 1829.

»Señor conde: Tengo el honor de remitiros hoy los documentos importantes que os he anunciado. Es nada menos que el diario oficial y secreto del cónclave. Está traducido palabra por palabra del original italiano, y no he hecho desaparecer de él mas que lo que podia indicar con demasiada precision las fuentes de donde he adquirido las noticias. Si se trasluciese la menor cosa de estas revelaciones, de que no hay ejemplo ninguno, costaria la fortuna, la libertad y quizá la vida á muchas personas. Esto seria tanto mas deplorable, cuanto que estas revelaciones no son debidas al interés ni á la corrupcion, sino á la contianza en el honor francés. Este documento debe, pues, señor conde, permanecer secreto para siempre, despues de leído en el consejo del rey, porque á pesar de las precauciones que he tomado de suprimir los nombres y quitar las alusiones directas, todavia dice lo bastante para comprometer á sus autores. He añadido á él un comentario á fin de facilitar su lectura. El gobierno pontificio tiene la costumbre de llevar un registro, en donde anota dia por dia, y por decirlo así, hora por hora, sus decisiones, sus fases y sus actos. ¿Qué tesoro histórico si se pudiese registrar en él, remontando hácia los primeros siglos del pontificado! Se me ha franqueado un momento en cuanto á la época actual. El rey verá por los documentos que os trasmito lo que no se ha visto nunca; el interior de un cónclave; conocerá los sentimientos mas íntimos de la córte de Roma, y los ministros de S. M. no caminarán á oscuras.

»Excusándome cualquiera otra reflexion el comentario que he hecho del diario, no me queda mas que ofreceros la nueva seguridad de la alta consideracion con que tengo el honor, etc. etc.»

El original italiano del precioso documento anunciado en este despacho confidencial fue quemado en Roma, á mi vista; no he conservado copia de la traduccion de dicho documento que envié al ministerio, y solo poseo una copia del comentario ó de las observaciones añadidas por mí á aquella traduccion. Pero la misma discrecion que me hizo recomendar al ministro que conservara secreto para siempre el documento, me obliga á suprimir aquí mis propias obser-

vaciones; pues por grande que sea la oscuridad en que se hallen envueltas dichas observaciones, faltando el documento á que se refiere esa oscuridad sería luz en Roma todavía. Ahora bien, los resentimientos son muy duraderos en la ciudad eterna, y podría suceder que de aquí á cincuenta años fuesen á chocar con algun biznieto de los autores de la misteriosa confidencia. Me contentaré, pues, con dar una reseña general del contenido del comentario, insistiendo en algunos pasajes que tienen relacion directa con los asuntos de Francia.

Vese primeramente cómo la córte de Nápoles engañaba á Mr. de Blacas, ó se engañaba ella misma: porque mientras me enviaba á decir que los cardenales napolitanos votarian con nosotros, se reunian aquellos á la minoría ó á la faccion llamada de Cerdeña.

La minoría de cardenales se figuraba que la votacion de los cardenales franceses influiria sobre la forma de nuestro gobierno. ¿Y cómo? Indudablemente por las órdenes secretas de que se les suponía encargados y por su votacion en favor de un papa exaltado.

El nuncio Lambruschini aseguraba al cónclave que el cardenal de Latil tenía el secreto del rey; todos los esfuerzos de la faccion tendian á hacer creer que Carlos X y su gobierno no estaban acordes.

El 13 de marzo anuncia el cardenal de Latil que tiene que hacer al cónclave una declaracion puramente de conciencia, y es enviado ante cuatro cardenales obispos, el acta de esta confesion secreta queda bajo la custodia del penitenciario mayor. Los demás cardenales franceses ignoran el asunto de esa confesion, y el cardenal Albani trata en vano de descubrirlo; el hecho es importante y curioso.

La minoría se compone de diez y seis votos compactos. Los cardenales de esa minoría se llaman los Padres de la Cruz, y ponen á su puerta una cruz de San Andrés, para anunciar que, decididos sobre su eleccion, no quieren comunicar con nadie. La mayoría del cónclave muestra sentimientos razonables y la firme resolucion de no mezclarse en nada de la política extranjera.

El acta extendida por el notario del cónclave es digna de ser notada: «Pío VIII, se dice en la conclusion, se ha decidido á nombrar al cardenal Albani secretario de Estado, á fin de satisfacer tambien al gabinete de Viena.» El soberano pontífice distribuye la suerte entre las dos coronas, declarándose papa de la Francia y dando al Austria la secretaría de Estado.

A Md. Recamier.

«Roma miércoles 8 de abril de 1829.

«He tenido hoy á comer á todo el cónclave. Mañana recibiré á la gran duquesa Elena. El martes de Pascua doy un baile por haberse cerrado las sesiones, y en seguida pienso prepararme para ir á veros; juzgad de mi ansiedad; en el momento en que os escribo no he recibido aun noticias de mi correo á caballo anunciando la muerte del papa, y sin embargo, el papa esta ya coronado y Leon XII olvidado: he reanudado mis asuntos con el nuevo secretario de Estado, Albani; todo marcha como si nada hubiese pasado, y hasta ignoro si sabeis en París que hay ya nuevo pontífice. ¡Qué hermosa es la ceremonia de la bendicion pontificia! La Sabina en el horizonte, luego la campiña desierta de Roma, despues la misma Roma, en seguida la plaza de San Pedro, y por último, todo el pueblo prosternándose de rodillas bajo la mano de un anciano: el papa es el único príncipe que bendice á sus súbditos.»

«Miércoles Santo 15 de abril.

«Salgo de la capilla Sistina, despues de haber

asistido á las tinieblas y oido cantar el Miserere. Recordaba que me habeis hablado de esa ceremonia y esa circunstancia realizaba para mí su interés.

El día caminaba á su ocaso: las sombras invadian lentamente los frescos de la capilla, y solo se divisaban algunos grandes trazos del pincel de Miguel Angel. Los cirios, apagados sucesivamente, dejaban escapar de su luz extinguida un ligero humo blanco imagen bastante natural de la vida, que la Escritura compara á un leve vapor. Los cardenales estaban de rodillas, el nuevo papa prosternado en el altar mismo en donde algunos días antes habia yo visto á su predecesor: la admirable oracion de penitencia y misericordia que habia sucedido á las lamentaciones del profeta se eleva por intervalos en el silencio de la noche. Sentíame como anonadado entre el gran misterio de un Dios que moria por borrar los crímenes de los hombres. La católica heredera, sobre sus siete colinas, estaba allí con todos sus recuerdos: pero en vez de aquellos pontífices poderosos, de aquellos cardenales que disputaban la preferencia á los monarcas, un pobre papa anciano, paralítico, sin familia y sin apoyo, unos principios de la Iglesia sin esplendor, anunciaban el fin de un poder que civilizó el mundo moderno. Las obras maestras de las artes desaparecian con él, borrándose de las paredes y de las bóvedas del Vaticano, palacio medio abandonado. Extranjeros curiosos, separados de la unidad de la Iglesia, asistian de paso á la ceremonia y reemplazaban á la comunión de los fieles. Una doble tristeza se apoderaba del corazón. Roma cristiana, al hacer conmeracion de la agonia de Jesucristo, parecia celebrar la suya propia y repetir para la nueva Jerusalem las palabras que Jeremias dirigia á la antigua. Hermosa cosa es Roma para olvidarlo todo, despreciarlo y morir.

DESPACHO AL CONDE DE PORTALIS.

«Roma 16 de abril de 1829.

«Señor conde: Las cosas se van desenvolviendo aquí en los términos en que os lo hacia sentir: las palabras y los actos del nuevo soberano pontífice están en perfecta armonía con el sistema pacificador seguido por Leon XII. Pío VIII va todavía mas lejos que su predecesor, expresándose con mas franqueza acerca de la carta, cuyo nombre no teme pronunciar, aconsejando al mismo tiempo á los franceses que sigan su espíritu. Habiendo el nuncio escrito nuevamente sobre nuestros asuntos, ha recibido secamente la orden de ocuparse de los suyos. Todo se arregla para el concordato de los Países-Bajos, y el conde de Celles pondrá fin á su mision en el mes próximo.

«El cardenal Albani, en una posicion difícil, se ve obligado á espiarle: las protestas que me hace de su adhesion á la Francia hieren al embajador de Austria, que no puede ocultar su mal humor. Bajo el aspecto religioso nada tenemos que temer del cardenal Albani: hombre este muy poco religioso, no será inducido á perturbarnos, ni por su propio fanatismo ni por las opiniones moderadas de su soberano.

«En cuanto al aspecto político, no será con una intriga de policia y una correspondencia en cifra con lo que se escamoteará hoy la Italia: dejar ocupar las legaciones ó poner guarnicion austriaca en Ancona bajo un pretexto cualquiera, seria conmover la Europa y declarar la guerra á la Francia, y no estamos ya en 1814, 1815, 1816 y 1817: ni se satisface impunemente á nuestra vista una ambicion ávida é injusta. Que el cardenal Albani tenga una pension del príncipe de Metternich; que sea pariente del duque de Módena, á quien piensa dejar su enorme fortuna; que trame con este príncipe un pequeño complot contra el heredero de la corona de Cerdeña; todo esto, es cierto, habria sido peligroso en la época en que los go-

biernos secretos y absolutos hacian marchar oscuramente soldados detrás de un oscuro despacho; pero hoy, con gobiernos públicos, con la libertad de la prensa y de la palabra, con el telégrafo y la rapidez de todas las comunicaciones, con el conocimiento de los negocios difundido entre las diversas clases de la sociedad, se está á cubierto de los juegos de cubilete y de las sutilezas de la antigua diplomacia. Sin embargo, no hay que perder de vista que un encargado de negocios de Austria, secretario de Estado en Roma, tiene inconvenientes: hasta hay ciertas notas (como, por ejemplo, las relativas al poder imperial en Italia) que no podrian ponerse en manos del cardenal Albani.

«Nadie ha podido penetrar todavía el secreto de un nombramiento que desagrada á todo el mundo, y hasta al gabinete de Viena. ¿Tendrá relacion esto con intereses extraños á la política? Se asegura que el cardenal Albani ofrece en este momento al padre santo adelantarle doscientos mil duros que el gobierno de Roma necesita: otros dicen que esa suma la prestaría un banquero austriaco. El cardenal Macchi me decia el sábado último que no queriendo Su Santidad volver á tomar al cardenal Bernetti, y deseando, no obstante, darle un alto puesto, no habia hallado otro medio de arreglar las cosas que dejar vacante la legacion de Bolonia. Miserables dificultades llegan con frecuencia á ser motivos de las mas importantes revoluciones. Si la version del cardenal Macchi es cierta, todo lo que dice y hace Pío VIII para satisfaccion de las coronas de Francia y Austria no sería mas que una razon aparente, por cuyo medio trataría de encubrir á sus propios ojos su debilidad. A mas de eso, nadie cree en la duracion del ministerio de Albani. Asi que se ponga en relaciones con los embajadores, surgirán dificultades por todas partes.

«En cuanto á la posicion de la Italia, señor conde, hay que leer con precaucion lo que os escribian de Nápoles ó de otras partes. Es por desgracia muy cierto que el gobierno de las Dos-Sicilias ha caido en el último grado de desprecio. El modo como vive la córte, en medio de sus guardias, temblando siempre, perseguida por los fantasmas del miedo, y no ofreciendo por todo espectáculo mas que ruinosas caerías y suplicios, contribuye mas y mas á envilecer el trono en aquel país. Pero se toman por conspiraciones lo que no es mas que el mal estar de todos, el producto del siglo, la lucha de la vieja sociedad con la nueva, el combate de la decrepitud de las viejas instituciones contra la energía de las generaciones nuevas; en una palabra, la comparacion que hace cada cual de lo que es con lo que podria ser. No nos lo ocultamos: el gran espectáculo de la Francia poderosa, libre y feliz, ese gran espectáculo que hiera la vista de las naciones que han quedado ó vuelto á caer bajo el yugo, excita sentimientos ó alimenta esperanzas. La mezcla de los gobiernos representativos y de las monarquías absolutas no puede ser durable: es preciso que unos ú otras parezcan, que la política recobre un nivel igual, lo mismo que en tiempo de la Europa gótica. La aduana de una frontera no puede separar ya la libertad de la esclavitud: un hombre no puede ser ya ahorcado de este lado de un arroyo por principios que se reputan como sagrados al otro lado del mismo arroyo. En este sentido, y solo en este sentido, señor conde, hay conspiracion en Italia, y en este sentido es tambien en el que la Italia es francesa. Desde el día en que entre en el goce de los derechos que su inteligencia columbra y que la marcha progresiva del tiempo le lleva, estará tranquila y será puramente italiana. No serán unos cuantos pobres diablos de carbonarios excitados por manejos de policia y ahorcados sin misericordia los que sublevarán este país. Se da á los gobiernos las ideas mal falsas de las cosas; se les impide hacer lo que deberian hacer por su seguridad, mos-

trándoles siempre como conspiraciones particulares de un puñado de jacobinos lo que es efecto de una causa permanente y general.

Tal es, señor conde, la situacion verdadera de la Italia. Cada uno de sus Estados, además del trabajo comun de los ánimos, se halla atormentado por alguna enfermedad local; el Piamonte está entregado á una faccion; el Milanesado está devorado por los austriacos; los dominios del santo padre se hallan arruinados por la mala administracion de la hacienda; las contribuciones suben á cerca de cincuenta millones y no dejan al propietario el uno por ciento de sus rentas; las aduanas no producen casi nada; el contrabando es general; el príncipe de Módena ha establecido en su ducado (lugar de franquicia para todos los antiguos abusos) almacenes de géneros prohibidos, y hace entrar estos por las noches en la legacion de Bolonia.

«Ya os he hablado de Nápoles, señor conde, en donde la debilidad del gobierno solo se salva por la cobardía de las poblaciones.

«Esta ausencia del valor militar es lo que prolongará la agonia de Italia. Bonaparte no tuvo tiempo para hacer revivir ese valor en la patria de Mario y de César. Los hábitos de una vida ociosa y la dulzura del clima contribuyen tambien á quitar á los italianos del Mediodía el deseo de agitarse para estar mejor. Las antipatías nacidas de las divisiones territoriales aumentan las dificultades de un movimiento interior; pero si de fuera viniese algun impulso ó si algun príncipe del lado acá de los Alpes otorgase una Carta á sus súbditos, tendria lugar una revolucion, porque todo está madurado para ello. Mas felices los pueblos que nosotros, é instruidos por nuestra experiencia, economizarian los crímenes y las desgracias de que tan pródigos hemos sido.

«Espero, señor conde, recibir pronto la licencia que os he pedido: tal vez haré uso de ella. En el momento, pues, de dejar la Italia, he creido deber someter á vuestra consideracion algunas observaciones generales para fijar las ideas del consejo del rey y á fin de tenerle prevenido contra los informes de talentos limitados ó de pasiones ciegas.

«Tengo el honor, etc.»

Al conde de Portalis

«Roma 16 de abril de 1829.

«Señor conde: Los cardenales franceses desean saber qué suma se les abonará por sus gastos y su permanencia en Roma: me han rogado muchas veces que os escriba sobre el particular; de consiguiente os estaré infinitamente obligado si me instruis lo mas pronto posible de la decision del rey.

«Por lo que á mí hace, señor conde, cuando tuvisteis á bien concederme un subsidio de treinta mil francos, no supisteis que se alojase en mi casa ningun cardenal; pero Mr. de Clermont-Tonnerre se ha establecido en ella con toda su comitiva, compuesta de dos conclavistas, un secretario eclesiástico, un secretario seglar, un ayuda de cámara, dos criados y un cocinero francés, y por último, de un mayordomo romano, un maestre-sala, tres lacayos, un cochero, y todo ese tren italiano que un cardenal se ve obligado á tener aquí. El arzobispo de Tolosa, que no puede andar, no come á mi mesa, y se necesitan dos ó tres comidas á diferentes horas, carruajes y caballos para los comensales y amigos. Mi respetable huésped no pagará seguramente sus gastos aquí; se marchará, y solo me quedarán sus cuentas; tendré que pagar, no solo las del cocinero, lavandera, alquilador de carruajes, etc., etc., sino tambien la de los cirujanos que curan la pierna de monseñor, del zapatero que hace sus zapatillas blancas y encarnadas, y del sastrer que ha confeccionado los manteos, las sotanas, los cuellos, el traje completo del cardenal y sus eclesiásticos.